

oyó que se iban por la calle de Mau- dar, sin duda para volver, pero no po- día huir; empujó todas las puertas suce- sivamente y por casualidad se abrió una de ellas. Se agachó detrás de aquella puerta y permaneció allí más de una hora en pié, inmóvil y sin respirar. No oía ningun ruido y se aventuró á salir; habian ya quitado el centinela, y el des- tacamento se habia ido á unirse con el batallon.

Uno de sus antiguos amigos, que le debia muchos favores, vivia precisamen- te en el Pasaje Saumon. Jeanty Sarre buscó la casa, despertó al portero, dijo su nombre, le abrieron, subió la escalera y llamó á la puerta. Cuando ésta se abrió, apareció su amigo en el dintel, en camisa y con una bujía en la mano. Al reconocer á Sarre exclamó:—¡Ah, eres tú! De dónde vienes? De algun motin? De hacer alguna locura? ¿Quieres com- prometernos á todos? ¿Quieres que nos fusilen? Qué quieres de mí?

—Que me cepilles, le contestó Jeanty Sarre.

Su amigo le cepilló y él se marchó en seguida. Desde la escalera le dijo:— Muchas gracias!

Este género de hospitalidad es el que nosotros hemos encontrado despues en Bélgica, en Suiza y hasta en Inglaterra.

Al dia siguiente, cuando levantaron los cadáveres, se encontró sobre el de Charpentier un libro de memorias y un lápiz y sobre el de Dionisio Dessoubs una carta dirigida á una mujer. Los co- razones estóicos tambien aman.

El 1.º de Diciembre Dionisio empezó la siguiente carta, que no terminó:

“MI QUERIDA MARÍA:

„¿Habeis experimentado alguna vez la angustia de tener que sufrir lo que os apesadumbra? Por mi parte, desde que nos hemos separado, no me aflige otra pena que la de pensar en vos; pero mi pena participa de cierta dulzura, que me ágita al sentir en el fondo de mi co- razon cuánto os amo y al comprobárme- lo el dolor que vuestra ausencia me cau- sa. ¿Por qué me habré visto obligado á separarme de vos, siendo como éramos tan felices? Cuando pienso en nuestras veladas tan llenas de afecto y de aban- dono, en las alegres entrevistas en el campo con vuestras hermanas, me ator- menta amarga pesadumbre. ¡Nos amá- bamos tan lealmente! No teníamos se- cretos los unos para los otros, no necesitábamos tenerlos, y de nuestros

labios fluían los pensamientos de nues- tros corazones, sin que nunca pensára- mos retenerlos. Dios nos ha arrebatado todos estos bienes, pero nada me conso- lará de haberlos perdido. ¿No deplorais como yo nuestra fatal ausencia? Con poca frecuencia vemos á los séres que- ridos; las circunstancias nos alejan de ellos y nuestra alma, atormentada y atraída fuera de nosotros, vive en pér- pétuo dolor. Experimento la nostalgia que causa la ausencia. Me transporto á los sitios donde vos estais, sigo con la vista vuestras labores, oigo lo que decís sentado á vuestro lado, y procurando adivinar las palabras que van á salir de vuestra boca... ¡Ilusiones falaces de un momento! Mi mano busca vuestra mano. ¿Dónde estais, amada mia?

„Mi vida es un destierro. Lejos de los que amo y de los que me aman, los llama mi corazon, que se consume en sus propios dolores. No me gustan las grandes ciudades, llenas de ruido y llenas de ex- traños, en donde no os conocen ni cono- ceis, donde todos se rozan y se codean sin cambiar una sonrisa; prefiero los campos tranquilos, la paz del hogar y la voz de los amigos que os acaricia. Has- ta hoy siempre he vivido en contradic- cion con mi naturaleza; mi sangre ar- diente, mi modo de ser enemigo de la injusticia y el espectáculo de las mise- rias inmerecidas, me han lanzado á una lucha de la que no sé cómo he de salir, lucha en la que quiero permanecer sin miedo y sin reproche hasta el final, pero que me aflige y que me consume la vida.

„Os confieso, amada mia, las secretas debilidades de mi corazon, pero no pue- de ruborizarme lo que mi mano acaba de escribir, aunque mi corazon está en- fermo y sufre. Borraria estas líneas si creyera que os pudieran ofender, pero las he escrito porque os conozco bien y sé que realmente me amais. Sí, no me habeis engañado; no he besado una boca mentirosa; cuando sentada sobre mis ro- dillas me adormecía oyendo el dulce ar- rullo de vuestras palabras, os creí. El fastidio me roe y me devora. Experimen- to una especie de furor de querer reco- brar la vida. Quizá Paris me produce este efecto. Quisiera estar siempre en los sitios donde no estoy. Vivo en esta ciu- dad populosa en completa soledad. Os creo, María.”

El libro de memorias de Charpentier

solo contenia este verso, que escribió casi á oscuras al pié de la barricada mientras hablaba Dionisio Dessoubs:

Admonet et magna testatur per umbras.

V.

Otros sucesos desagradables.

Ivan habia vuelto á ver á Conneau. El nos confirmó el detalle precisado en la carta de Alejandro Dumas á Bocage. Con el hecho tuvimos los nom- bres. El 3 de Diciembre, en casa de Ab- batucci, calle Chanmartin, núm. 31, en presencia del doctor Conneau y de Petri, un corso nacido en Vezzani, llamado Jacques Francois Criscelli, hombre agre- gado al servicio personal y secreto de Luis Bonaparte, habia recibido de la boca de Petri la oferta de veinticinco mil francos “para prender ó matar á Víctor Hugo.”

—Bien, yo acepto, pero si somos dos, le respondió Petri.

—Entonces serán cincuenta mil.

Esta comunicacion, acompañada de ruegos apremiantes, me hizo Ivan en la calle Monthabor cuando estábamos aun en casa Dupont White.

Dicho esto continuó relatando.

La matanza del 4 no produjo todo su efecto hasta la mañana del dia siguien- te; la impulsión que dimos á la resisten- cia duró algunas horas aun, y al aman-ecer terminaba el combate de la masa de casas comprendidas desde la calle de Petit-Carreau á la del Temple. Las bar- ricadas Pagevin, San Eustaquio, Mon- torgueil, Rambuteau, Beaubourg y Transnonain fueron valientes; hubo allí un encabrestamiento de calles y de en- crucijadas impenetrable, barricadeado por el pueblo, cerrado por el ejército.

El asalto fué inexorable y encarni- zado.

La barricada de la calle Montorgueil fué de las que resistieron más tiempo. Necesitaron un batallon y una pieza de artillería para tomarla. Los soldados que la tomaron, despues de registrar las calles, escalaron la verja del Pasaje Ver- deau, buscando en él á los combatientes fugitivos con linternas por todas partes, y no viendo allí á ninguno de los defen- sores de la barrica da iban á marchar- se, cuando uno de los soldados aperci- bió un pié que salia por entre las tablas que habia en un rincon del Pasaje para cerrar el barracon. Allí encontraron á

tres fugitivos de la barricada Montor- gueil.

Los infelices exclamaban:—¡Fusilad- nos, pero no nos hagais sufrir!

Los mataron á bayonetazos.

Los dueños de las tiendas oían los gri- tos, pero no se atrevian á abrir las puer- tas ni las ventanas, temerosos de que hicieran con ellos lo mismo.

Cuando terminaron la ejecucion, los verdugos dejaron á los tres víctimas ex- tendidos sobre las baldosas y nadando en un lago de sangre.

Uno de los que combatieron en las barricadas de la calle de Beaubourg fué menos desgraciado. Le perseguian y se metió en una escalera, subió á un te- jado y despues bajó á un corredor que pertenecia al último piso de una fonda. Vió una llave en una puerta, la abrió sin vacilar y entró, encontrándose frente á frente de un hombre que iba á acostar- se. Era un viajero fatigado que acababa de entrar en el hotel. El fugitivo le dijo:—Estoy perdido, salvadme! Rápidamen- te le refirió lo que le sucedia. El viajero le contestó:—Desnudaos, pues, y acos- taos en mi cama. Dicho esto encendió un cigarro y se puso á fumar tranquila- mente: á poco rato de estar acostado el fugitivo llamaron á la puerta. Eran los soldados que estaban registrando la casa. A las preguntas que dirigieron al viajero, les contestó éste, señalándoles la cama:—“Estamos los dos solos en este cuarto y acabamos de llegar; yo fumo y mi hermano duerme.” El camarero de la fonda confirmó las palabras del viaje- ro y los soldados se fueron sin fusilar á nadie.

Debemos confesar que los soldados, victoriosos, mataban menos gente que el dia anterior. No hubo matanza general en las barricadas, porque habian recibido la órden de hacer prisioneros. Parecia que se habian humanizado; pero vamos á ver en qué consistia su humanidad.

A las once todo habia terminado. Prendieron á todos los que encontra- ron en las calles cercadas, fuesen ó no fuesen combatientes; obligaron á los due- ños de cafés y de tabernas á abrir sus es- tablecimientos, registraron muchas ca- sas y prendieron en ellas á todos los hombres que encontraron. Dos regimien- tos formados en cuadro se llevaron con- fundidos á todos los prisioneros, los con- dujeron á las Tullerías y los encerraron en el vasto sótano que hay debajo de la terraza por la parte del rio. Al entrar allí se tranquilizaron los prisioneros,

porque recordaron que en Junio de 1848 encerraron á los insurgentes en dicho sitio y más tarde los deportaron. Confían sin duda que también los deportarían ó que los harían comparecer ante los Consejos de Guerra, y esto no era morir en seguida.

Tenían sed, porque muchos de ellos estaban batiéndose desde por la mañana y nada seca tanto la boca como morder cartuchos. Pidieron de beber y les trajeron tres cántaros de agua.

Esta condescendencia les tranquilizó más, porque entre ellos se encontraban antiguos deportados de Junio, que estuvieron entonces encerrados en aquel sótano y que dijeron:—En Junio no fueron tan humanos; nos hicieron pasar tres días y tres noches sin comer ni beber.

Algunos se envolvieron en sus abrigos, se acostaron y se durmieron. A la una de la madrugada oyeron gran ruido por la parte de fuera y vieron soldados con antorchas que entraron en el sótano: los prisioneros que dormían se despertaron sobresaltados; un oficial les mandó que se levantaran. Les hicieron salir de allí confundidos y sin orden; los colocaron de dos en dos y un sargento los contó en voz alta. No les preguntaron sus nombres, ni sus profesiones, ni á qué familias pertenecían; se contentaban con saber la cifra; la cifra era suficiente para lo que querían hacer: de este modo contaron hasta trescientos treinta y siete, y después los hicieron formar en columna cerrada, de dos en dos y dándose el brazo. No los ataron, pero á los dos lados de la columna colocaron tres filas de soldados que les limitaban el paso y dos batallones con los fusiles cargados, uno delante y otro detrás. Se pusieron en marcha, cerrados y envueltos en aquel marco movable de bayonetas.

En el momento en que echó á andar la columna, un joven estudiante de derecho, que iba en una de las primeras filas, le preguntó á un capitán que estaba cerca de él con la espada desenvainada:

—A dónde vamos?

El oficial no le contestó.

Al salir de las Tullerías torcieron á la derecha y siguieron el muelle hasta el puente de la Concordia; atravesaron el puente y torcieron otra vez hácia la derecha; pasaron por delante de la esplanada de los Inválidos y llegaron al muelle desierto del Gros-Caillon.

Eran trescientos treinta y siete, como acabamos de decir, y como caminaban

de dos en dos, el último tenía que ir solo. El que iba solo fué uno de los combatientes más atrevidos de la barricada de la calle Pagevin. Por casualidad, el sargento que en las filas de la tropa iba cerca de él era paisano suyo, y al pasar por delante de un farol se reconocieron y cambiaron los dos con rapidez y en voz baja algunas palabras.

—Dónde vamos? le preguntó el prisionero.

—A la Escuela Militar, le contestó el sargento.

Después se separó á cierta distancia del prisionero. Pero cuando llegaron al desierto boulevard del Gros-Caillon, el sargento volvió á acercarse al prisionero y le dijo en voz muy baja y muy de prisa:

—Aquí está muy oscuro; vete por la izquierda, que hay muchos árboles. Escápate.

—Pero harán fuego contra mí, le objetó el prisionero.

—No es fácil que te acierten.

—Y si me matan?

—Eso no será peor que lo que te espera.

Lo comprendió el prisionero, estrechó la mano del sargento y, aprovechándose del intervalo que separaba la línea de la escolta, de un brinco se lanzó fuera de la columna y se perdió entre la oscuridad de los árboles.

—Se escapa un preso! gritó el oficial que mandaba la escolta. Alto! Fuego!

La columna se paró. La escolta disparó á la ventura en la dirección que tomó el fugitivo, pero, como previó el sargento, no le alcanzó ninguna bala. En pocos minutos llegó á las calles que rodean la fábrica de Tabacos y se perdió en ellas. No le persiguieron, porque iban á ocuparse en tarea más urgente; además, se podían desbandar las filas, y por coger un preso corrían el riesgo de que se les escaparan los trescientos treinta y seis que restaban.

La columna continuó su marcha, llegó al puente del Sena, torció á la izquierda y entró en el Campo de Marte.

Allí fusilaron á todos los prisioneros. Transportaron al cementerio Montmartre á los trescientos treinta y seis cadáveres, que enterraron dejándoles la cabeza descubierta, para que las familias pudieran reconocerlos. Se supo quiénes eran después de fusilados.

Las ejecuciones en masa después del 3

de Diciembre se renovaron casi todas las noches. Unas veces se verificaban en el Campo de Marte, otras en la Prefectura de policía y otras en los dos sitios á la vez.

Cuando las cárceles estaban llenas, Maupas decretaba fusilamientos, que se verificaban unas veces en el patio de la Prefectura de policía y otras en la calle de Jerusalem. Los desgraciados se apoyaban en la pared que sirve para fijar los carteles de los teatros. Eligióron aquel sitio por estar contiguo á un sumidero, en el que la sangre caía sin dejar huellas. El día 5 fueron fusilados allí ciento cincuenta prisioneros.

La matanza del boulevard tuvo la prolongación infame de las ejecuciones secretas. El golpe de Estado, después de ser salvaje, volvió á ser misterioso. Pasó desde dar la muerte impudicamente en pleno día, á dar la muerte enmascarada por la noche.

Hay de esto testimonios abundantes.

Esquirois, oculto en el Gros-Caillon, oía todas las noches los fusilamientos del Campo de Marte. Chambolle, en Mazas, la segunda noche de su llegada oyó desde las doce hasta las cinco de la madrugada tantas descargas, que creyó que atacaban la cárcel. Monferrier y Desmoulins vieron sangre recién derramada en la calle de Jerusalem.

El teniente coronel Caillaud, de la antigua Guardia republicana, al pasar por el puente Nuevo vió á los guardias municipales que apuntaban á los transeuntes y les dijo:—“Estais deshonrando el uniforme.” Le prendieron y le registraron, y un guardia le dijo:—“Os fusilaremos si os encontramos un solo cartucho.” Como no se lo encontraron, le condujeron á la Prefectura y le encerraron en el depósito.

Un antiguo magistrado, cuñado del general Lefló, estaba hablando con dos oficiales en el puente de la Concordia; delante de la escalinata de la Cámara se le acercaron dos agentes de policía y le dijeron:—“Corrompeis al ejército.” Porque se indignó al oír esto le hicieron entrar en un coche y le condujeron á la Prefectura de la policía. En el momento de llegar vió que pasaba por el muelle un hombre joven con gorra y blusa blanca, que conducían á culatazos tres guardias municipales. En el corte del parapeto un guardia le dijo:—“Entra aquí.” El hombre entró y dos guardias le fusilaron por la espalda. La víctima

cayó, y el tercer guardia acabó con él disparándole un tiro en el oído.

El día 13 las matanzas no habían terminado aun. La mañana de aquel día un transeunte solitario que atravesaba la calle de San Honorato vió pasar entre dos filas de soldados dos furgones cargados extraordinariamente, que iban dejando un reguero de sangre detrás de ellos. Venían del Campo de Marte, se dirigían al cementerio de Montmartre y estaban llenos de cadáveres.

VI.

La Comisión consultiva.

En cuanto pasaron los peligros desaparecieron todos los escrúpulos. Los hombres prudentes y sensatos se adhieron al golpe de Estado y dejaron fijar sus nombres en las esquinas, al pié de un cartel, en que hizo saber al pueblo francés el presidente de la República que para rodearse de hombres inteligentes y patrióticos había resuelto nombrar una Comisión consultiva, compuesta de 170 personajes, que inspiraran confianza al país (1).

El decreto de que nos ocupamos iba firmado por el presidente de la República, Luis Napoleon Bonaparte, y refrendado por Morny, ministro del Interior.

Al mismo tiempo que el decreto, apareció en las esquinas la siguiente protesta de M. Daru:

“Me adhiero á los actos realizados por la Asamblea nacional en la Alcaldía del 10.º distrito el día 2 de Diciembre de 1851, y á los que no he podido contribuir por hábermelo impedido la violencia que se usó conmigo.

DARU.”

Algunos de los miembros de la Comisión consultiva acababan de salir de Mazas ó de Monte-Valerien. Estuvieron encerrados veinticuatro horas y después les pusieron en libertad. Como se vé, estos legisladores no guardaron rencor al hombre que les hizo sufrir las consecuencias de haber él violado las leyes. Muchos de los personajes incluidos en esa Comisión magna no tuvieron otro nombre que el que les daban los acreedores que no les dejaban vivir. Uno de ellos había quebrado dos veces, aunque con la circunstancia atenuante de que

(1) Suprimimos la farragosa nota de los nombres y apellidos de los susodichos personajes, que el autor francés inserta, para no fatigar la atención de los lectores.—(N. del T.)

brar en nombre de otro; otro pertenecía á una sociedad literaria científica, y vivía de vender su voto; otro, elegante á la moda, cepillado y barnizado, vivía á expensas de una mujer. Gentes de esta clase se adhirieron sin vacilar á este acto, que salvaba á la sociedad.

Algunos otros de los que componían semejante mosaico no tenían ninguna opinión política, y solo consintieron en figurar en la lista para no perder sus empleos ni sus sueldos; fueron neutrales, lo mismo antes que despues del Imperio, y continuaron siéndolo durante los diez y nueve años del reinado, ejerciendo funciones militares, judiciales ó administrativas, cándidamente rodeados de la justa consideración que se debe tener á los imbéciles inofensivos.

Otros eran realmente hombres políticos, pertenecientes á la docta escuela que empieza en Guizot y que no acaba en Párieu; graves médicos del orden social, que tranquilizan á la clase media asustada y que sirven para conservar el *statu quo*.

....Perderé el ojo, doctor?

—No, que le tengo en la mano.

Había en aquel semi-Consejo de Estado bastante número de hombres de policía, género que entonces estaba muy en boga, como Carlier, Petri, Maupas, etcétera.

Poco despues del 2 de Diciembre, con el título de comisiones mixtas, la policía sustituyó á la justicia, pronunció sentencias y violó judicialmente todas las leyes, sin que la magistratura regular pusiese el menor obstáculo á la magistratura incorrecta.

Algunos de los hombres incluidos en la lista de la Comisión consultiva renunciaron á pertenecer á ella; éstos fueron Leon Faucher, Goulart, Mortemart, Federico Granier, Marchaud, Maillard, Paravey y Bengnot. Los periódicos recibieron la orden de no publicar estas renunciaciones.

M. Bengnot hizo imprimir en sus tarjetas de visita lo siguiente: *El conde Bengnot no pertenece á la Comisión consultiva.*

José Perier fué de esquina en esquina, con un lápiz en la mano, borrando su nombre de todas las listas y diciendo:—*Vuelvo á tomar mi nombre allí donde lo encuentro.*

El general Baragnay-d' Hilliers no renunció. Era, sin embargo, un bravo soldado que había perdido un brazo en

la campaña de Rusia. Más tarde fué mariscal de Francia. Y merecía no haber debido este grado á Luis Bonaparte; era digno de mejor fin. A fines de Noviembre, el general Baragnay-d' Hilliers, sentado en un gran sillón, se calentaba en la chimenea del salón de conferencias de la Asamblea nacional: uno de sus colegas, el que escribe estas líneas, se sentó cerca de él, al otro lado de la chimenea. No se hablaban. Él pertenecía á la derecha y yo á la izquierda; pero entró M. Piscatory, que vacilaba entre pertenecer á una parte ó á otra, é interpelló de este modo á Baragnay-d' Hilliers:

—General, sabéis qué noticia corre?

—Qué noticia?

—Que el presidente nos vá á cerrar en las narices las puertas de la Asamblea.

El general contestó:

—Si el señor Bonaparte nos cierra las puertas de la Asamblea, la Francia nos las volverá á abrir de par en par.

Luis Bonaparte quería titular á dicha comisión *Comisión ejecutiva*.

—No, le contestó Morny; esto sería suponer valor á sus individuos; ellos se prestarán á ser sostenedores, pero no querrán proscribir.

Consignemos de paso un detalle. Pocos días despues del 4 de Diciembre, Manuel Arago encontró á Dupin en el barrio de San Honorato y le dijo:

—Vais acaso al Elíseo?

—No voy jamás al burdel, le contestó Dupin; pero más tarde fué.

Le nombraron procurador general del Tribunal de Casación.

VII.

La otra lista.

Al mismo tiempo que se publicó el decreto creando la Junta consultiva, apareció otro decreto desterrando á varios representantes de la izquierda. Decía así:

“DECRETO.

Artículo 1.º Son expulsados del territorio francés, del de Argelia y de las colonias, por causa de seguridad general, los antiguos representantes de la Asamblea nacional aquí incluidos:

Valentin, Racouchet, Perdignier, Chollet, Latrade, Renaud, Benoist, Burgard, Colfavru, Faure, Gambon, La-grange, Nadaud, Terrier, Víctor Hugo,

VIII.

David d' Angers.

En su casa de la calle de Assas, número 16, prendieron al célebre escultor David d' Angers: al entrar el comisario de policía le preguntó:

—Teneis armas en casa?

—Tengo armas, le contestó David, por si tengo necesidad de tratar con gentes civilizadas.

—Dónde están? Veámoslas.

David enseñó al comisario su taller lleno de esculturas magistrales.

Le hicieron subir á un carruaje y le condujeron al depósito de la Prefectura de policía, en el que caben ciento veinte detenidos y habían metido setecientos.

Pusieron á David con otros doce en un calabozo en que solo cabían dos, que no recibía luz ni aire. Solo tenía un estrecho respiradero encima de las cabezas y una asquerosa cubeta para beber todos, que cubría una tapadera de madera. Al medio día les daban sopa. Permanecían de pié contra las paredes y por la noche con las piernas encogidas en los colchones, no pudiendo extenderlas por falta de espacio: por fin, apretándose unos contra otros, lograron acostarse; les dieron mantas. Algunos dormían. Al despuntar el día rechaban los cerrojos, la puerta se abría y el carcelero les gritaba:—*Levantaos! Les*

hacia pasar al corredor contiguo, plegaba los colchones, tiraba algunos cubos de agua en las baldosas, las secaba, volvía á colocar los colchones sobre el suelo húmedo y les decía:—Entrad. Pasaba otra vez los cerrojos y hasta el día siguiente. De vez en cuando llegaba un centenar de detenidos y hacían salir á un centenar de los antiguos. Por la noche los presos oían descargas desde el calabozo, y por la mañana los transeuntes veían charcos de sangre en el patio de la Prefectura.

El llamamiento de los que salían se hacía por orden alfabético.

Un día llamaron á David d' Angers; éste se disponía á salir, cuando el director de la cárcel, que parecía interesarse por él, se le acercó rápidamente y le dijo:—*Quedaos, señor David, quedaos.*

Una mañana vió entrar en su célula á Buchez, antiguo presidente de la Asamblea constituyente.—*Ah! exclamó David; venís á visitar los presos? me pare-*

Cassal, Gignard, Vignier, Charrasin, Baudsept, Savoye, Joly, Coubier, Boysset, Duché, Eunery, Guilgot, Hochstuhel, Michot, Boutet, Banne, Berthelon, Schœlcher, De Flotte, Joigneaux, Laboulaye, Brups, Esquirós, Madier, Parfait, Pean, Pelletier, Raspail, Bae, Bancel, Belin, Besse, Bourzat, Brive, Chavoix, Dulac, Dupont, Dessoules, Guiter, Laton, Lamarque, Lefranc, Leroux, Maigne, Malardier, Mathieu, Millotte, Roselli, Mollet, Charras, Ferreol, Sournier y Testelin.

Art. 2.º En el caso en que, contrariando el presente decreto, alguno de los individuos designados en el artículo 1.º entre en los territorios de donde se le expulsa, podrá ser deportado, como medida de seguridad general.

Dado en el palacio de las Tullerías, oído el Consejo de ministros, en 9 de Enero de 1852.

LUIS BONAPARTE.

El ministro del Interior,

DE MORNÝ.

Además de ésta, se publicó otra lista de *alejados*, en la que figuraban Edgard Quinet, Víctor Chantfour, el general Laidet, Pascal Duprat, Versigny, Antony Thouret, Thiers, Girardin y Remusat. Los cuatro representantes Mathe, Greppo, Marc-Dufraisse y Richardet fueron añadidos despues á la lista de los *expulsados*. Al representante Miot le destinaron á sufrir las torturas de las casamatas de África. De este modo, además de las matanzas, la victoria del golpe de Estado se consolidó con esta cifra: ochenta y ocho representantes proscritos y uno muerto.

Tenia costumbre de almorzar en Bruselas, en el café de las Mil Columnas, que era donde concurrían los proscritos. El 10 de Enero invité á almorzar á Michel de Bourges y nos sentamos á la misma mesa. El camarero me trajo el *Monitor* francés, y dándole una ojeada, exclamé:

—Aquí está la lista de proscripción. La leí en un instante y le dije á mi compañero:—*Tengo que daros una mala noticia. Michel de Bourges palideció.—No estais incluido en la lista de proscripción.—Entonces su semblante recuperó la alegría.*

A Michel de Bourges, que no temía á la muerte, acobardaba el destierro.

ce bien.—No; vengo también preso, le contestó Buechez.

Para dejar libre á David le exigieron que se marchase á América, pero él se negó; tuvieron que contentarse con que fuese á Bélgica. El 17 de Diciembre llegó á Bruselas. Vino á verme y me dijo:—Vivo en el Gran-Monarca, calle de los Prenderos, núm. 89. Después añadió riendo:—Gran-Monarca, rey, prenderos, realistas, núm. 89, revolución: la casualidad tiene mucho talento.

IX.

Nuestra última reunion.

El día 3 todo fluía hacia nosotros; el día 5 todo se nos alejaba, como un mar inmenso que huye. Tuvo una avenida formidable y una retirada siniestra. Así son las sombrías mareas del pueblo. Tuvo bastante poder un pigmeo para decir á aquel Océano: "No irás más allá."

Las retiradas del abismo son insondables.

El abismo tiene miedo. De qué? De algo más profundo que él; del crimen.

El pueblo retrocedió; retrocedió el 5 y desapareció el 6, dejando en el horizonte una noche inmensa que empezaba. Aquella noche era el imperio.

Nos encontramos el día 5 solos como estábamos el día 2. Perseverábamos en nuestra situación, desesperados, sí, pero no desalentados.

Iban trayéndonos malas noticias unas detrás de otras; Aubry del Norte estaba en la Conserjería; nuestro elocuente y querido amigo Cremieux en Mazas; Luis Blanc, á pesar de estar desterrado, venía al socorro de la Francia y nos traía el gran poder de su nombre y de su alma; pero se vió obligado, como Ledru Rollin, á pararse ante la catástrofe del día 4, sin poder pasar de Tournay.

Carecíamos de punto donde reunirnos; vigilaban la casa núm. 15 de la calle de Richelieu, y habían denunciado la del núm. 17 de la calle de Monthabor. Errábamos por París, encontrándonos por casualidad, y cambiamos algunas palabras en voz baja, sin saber qué sería de nosotros.

A pesar de tantas dificultades, celebramos una reunion el día 6 en casa del representante Raymond, en la plaza de la Magdalena; allí nos encontramos casi todos. Estreché la mano de Edgard Quinet, de Chantfour, de Clemente Du-

lac, de Bancel, de Versigny y de Emilio Pean y de otros muchos. Desde las ventanas de la sala donde deliberábamos se veía la plaza de la Magdalena y los boulevares militarmente invadidos, llenos de tropa alineada en batalla, como si se preparase para hacer frente á otro combate posible.

Vino á reunirse con nosotros Charamaule, que sacó en seguida del gaban dos pistolas, las colocó sobre la mesa y dijo:—Todo ha terminado ya. Solo es posible intentar una temeridad, pero me ofrezco á intentarla. ¿Venís conmigo, Víctor Hugo?

—Sí, le contesté.

No sabía lo que iba á decir, pero sabía que sería algo digno.

—Quedamos aquí, continuó diciendo, sobre cincuenta representantes del pueblo en pie y reunidos, y somos los restos de la Asamblea nacional, del sufragio universal, de la ley y del derecho. Mañana quizás estemos dispersos ó muertos. Podemos aprovechar esta hora, quizás la última con que podemos contar. El grupo que formamos representa á la República; pues ofrezcamos entera la República en nuestras personas al ejército y hagamos que el ejército retroceda ante ella. Es necesario que en este minuto supremo tiemblen la fuerza ó el derecho. Si el derecho no tiembla, la fuerza temblará. Vamos al encuentro de un crimen. Si la ley avanza, el crimen retrocederá; pero si así no sucede, habremos cumplido nuestro deber. Si sobrevivimos, seremos salvadores; si morimos, héroes. Esto es lo que propongo.

Reinó profundo silencio en la reunion.

—Revistámonos con nuestras bandas y salgamos procesionalmente de dos en dos por la plaza de la Magdalena. Iremos al encuentro del coronel, que está en la gran escalinata con su regimiento formado en batalla; le intimaré á que cumpla con su deber, á que devuelva el regimiento á la República. Si se niega...

Charamaule cogió con las manos las dos pistolas y añadió:

—Le descargaré en la cabeza las dos pistolas.

—Os acompañaré, le dije.

—Así me lo figuraba, me contestó Charamaule. Esta explosion despertará al pueblo.

—Y si el pueblo no se despierta? exclamaron muchos representantes.

—Moriremos.

Cuando concluyó de hablar Charamaule le hicieron varias objeciones; na-

X.

El deber puede tener dos aspectos.

Vamos á ocuparnos de un hecho que no podemos pasar en silencio.

El 16 de Noviembre de 1851 me encontraba en la calle de Tour-d' Auvergne, número 37, trabajando en mi gabinete: eran cerca de las doce de la noche, y mi criado entreabrió la puerta para decirme:

—Podeis recibir á...?

Pronunció un nombre y un apellido.

—Sí, le contesté.

Entró un personaje. Debo ocuparme con reserva de él, porque era un hombre distinguido y digno de consideracion. Bastará que diga que al designar á los Bonapartes, podía decirles "mi familia." Sabido es que la familia de los Bonapartes se dividía en dos ramas, el de la familia imperial y el de la familia privada. La familia imperial conservaba la tradicion de Napoleon y la familia privada la tradicion de Luciano, pero esta diferencia no era absoluta en ellas. Mi visitante nocturno se sentó al otro lado de la chimenea.

Empezó hablándome de las Memorias de una nobilísima y virtuosa mujer, la princesa***, su madre, cuyo manuscrito me habia confiado, pidiéndome consejo sobre la utilidad ó la conveniencia de la publicacion: el manuscrito era interesante, y para mí además tenia el encanto de que la letra de la princesa se parecía á la letra de mi madre. Entregué el manuscrito á mi visitante, que le hojeó durante algunos minutos, y en seguida, volviéndose bruscamente hacia mí, me dijo:

—La República está perdida.

—Poco le falta, contesté.

—Si vos no la salvais, añadió.

—Yo?

—Vos.

—Cómo?

—Escuchadme.

Entonces me expuso, con un estilo claro que alguna vez oscurece la paradoja, que es uno de los recursos de su notable talento, la situación en que nos encontrábamos, que era á la vez desesperada y firme.

La situación, que comprendía yo como él, era entonces la siguiente:

La derecha de la Asamblea se componía de cuatrocientos miembros y la iz-

die tenía miedo, pero todos deseaban acertar. ¿No era aquel acto una locura, y una locura inútil? ¿No sería esto jugarse sin ninguna probabilidad posible la última carta de la República? ¿No sería una fortuna para Bonaparte aplastar de un solo golpe á todos los elementos resistentes y militantes que quedaban libres? Aunque estábamos vencidos, no debíamos añadir á la derrota el aniquilamiento, no teniendo ninguna probabilidad de triunfar. Hacer lo que aconsejaba Charamaule sería abrirse la tumba por medio de un gran suicidio, pero que al fin y al cabo era suicidio. Ser héroes en ciertos casos es ser egoístas. Es salir pronto del paso, adquirir rápidamente reputacion y conquistar fácilmente un nombre en la historia; pero en cambio se deja á los que vienen detrás de nosotros el impropio trabajo de una larga protesta, la inquebrantable resistencia del destierro, la vida amarga y triste del vencido, que continúa combatiendo á la victoria. Tener cierto grado de paciencia es una de las cosas útiles para la política; saber esperar la revancha es muchas veces más difícil que precipitar el desenlace. Existen dos clases de valor, el de la bravura y el de la perseverancia. El primero es el valor del soldado, el segundo es el valor del ciudadano. No basta concluir de un modo cualquiera; salir del paso muriendo se realiza con facilidad, pero lo que es más necesario y lo que es más difícil es no perjudicar á la patria muriendo. "El hoy que nos proponeis, nos decian nuestros nobles contradictores á Charamaule y á mí, es la supresion del mañana; considerad que entra cierta cantidad de desercion en el suicidio."

La palabra *desercion* lastimó á Charamaule, que contestó:

—Pues si es así, renuncio á mi plan.

De aquella escena grandiosa, Edgard Quinet me hablaba con emocion profunda, más tarde, en el destierro.

Nos separamos los representantes para no volvernos á reunir.

Vagaba por las calles sin saber dónde pasar la noche, que era muy fria, y me decidí á volver á mi último asilo de la calle de Richelieu, que entonces quizás era peligroso. Pero hice bien en elegirle; cené y pasé allí una buena noche.